

Boceto

Gabriela Moya

Un rayo de luz se cuela por la ventana. Cae oblicuo en un rincón de la habitación. Hacia ahí dirige la mirada, por azar, sin intención de ver nada. Los ojos hundidos están quietos, detenidos en un permanente gesto de desaliento, de amargura. Toda ella parece ser ese mismo gesto. Como si la hubieran vaciado para dejar sólo un trazo, un boceto sin sustancia. Yace en la cama, el pelo cortísimo, los brazos delgados, un poco huesudos, la misma posición levemente tensa que la hace parecer alerta. Se oyen unas llaves en la cerradura. Entra un hombre vestido de blanco. Cierra la puerta por dentro. Una precaución inútil, ella no intentará escaparse, ni gritar, no emitirá ni siquiera un gemido. El hombre no tiene prisa, la destapa, la observa. Asiente con una sonrisa sin intención que se desvanece en el vacío, que nadie percibe. Levanta la bata que cubre el cuerpo de ella hasta las rodillas, la despoja de la ropa interior, la penetra. Pasan unos cuantos minutos, entre jadeos se deja caer sobre el pecho de ella, relajado, sudoroso. Entonces hace el único movimiento en horas. Lo abraza primero, luego se aferra a él con fuerza, le recarga la cabeza en el hombro, cierra los ojos con fuerza, le clava los dedos en la espalda. Él la deja hacer durante un momento, luego se desprende bruscamente del abrazo. Maldita loca, te he dicho que no me abrases. Le pone una almohada entre los brazos, se burla de la manera en que se aferra a la tela. La deja así, descubierta. La enfermera del turno de la mañana no se sorprenderá cuando la encuentre medio desnuda, no le parecerá ni más ni menos extraño que otras manías que tienen las internas del hospital. La volverá a vestir antes de sacarla del cuarto para cumplir con la rutina diaria. Ella no es más que la habitación en la que transcurrirá el tiempo que le queda de vida. Se refieren a ambas, a la habitación y a ella, con el mismo número.

Hubo un tiempo en que fue más que eso. Si a alguien le importara y se tomara el tiempo para buscar en el archivo del hospital, se enteraría de que se llamaba Lucía. En el mismo expediente constan los datos de un domicilio y otras señas. Tal vez podría ocurrir que ese improbable alguien se decidiera en un acto ocioso a rastrear un pasado que de cualquier forma acabará por perderse.

Aún es posible seguir algunas de las huellas que dejó a su paso antes de ser internada en el hospital. Tal vez algún tendero de su rumbo recuerde haberla visto pasar todos los días por un mismo sitio, trepada en altos tacones, camino al trabajo. Tal vez algún compañero de oficina tenga presente todavía alguna historia sórdida en la que ella estuvo involucrada. Es posible incluso que quede en el edificio algún vecino que pueda hablar de los hombres que se quedaban a pasar la noche con Lucía y que nunca volvían a visitarla.

Si ese hipotético alguien se hiciera de las llaves del departamento de Lucía, no descubriría nada insólito dentro. No encontraría ningún diario que diera cuenta de su vida, ni cartas, ni siquiera tarjetas de felicitación. Se toparía tan sólo con un lugar bastante polvoso pero intacto, con muebles de madera tallada acomodados casi al azar, con muchos cuadros en las paredes, repisas y adornos de cerámica por todas partes. Se daría cuenta de que la recámara de Lucía se encuentra al final del pasillo junto al baño. Una cama, un tocador con pinturas y perfumes, un armario abarrotado de ropa, trajes de dos piezas, blusas de telas lisas. Después de un rato podría decir cuál era el perfume favorito de Lucía y afirmar que tenía un gusto excesivo para decorar, pero el departamento por sí mismo no proporcionaría más evidencias.

No quedaría más que atenerse a los chismorreos de vecinos y conocidos. Construir la historia a partir de comentarios aislados que hacen ver a Lucía como una mujer madura, con una vida cómoda, sin muchos escrúpulos en el momento de elegir compañía, capaz de involucrarse con cualquiera. Adentrarse más implicaría dar con la vecina que la encontró un día hecha un ovillo en un rincón del departamento. La misma que sintió la suficiente compasión como para encargarse de internar a Lucía en un lugar más digno que otros, para hacer que recibiera tratamiento. La única que la visitó durante un par de meses hasta que se convenció de que no tenía remedio. Cuando Lucía aún estaba bien se las veía platicar a veces, tal vez fueron amigas, tal vez le hizo confidencias. Puede que esa mujer sea la única capaz de añadir datos necesarios para completar la imagen o por lo menos para restaurar la versión faltante, la de adentro hacia fuera, la visión que Lucía tenía de sí misma, la trama que contuviera los motivos, las razones, los avatares. Pero se mudó sin decir adónde.

Además es poco plausible que alguien se interese en recuperar a Lucía. Ella misma optó por olvidar su historia cuando dejó de asirse a la realidad. Los doctores opinan que sus recuerdos están irremediabilmente sepultados. El único acto que podría, aunque remotamente, estar regido por la voluntad, se pierde cada vez que el enfermero cierra la puerta y se entretiene en otras cosas.